

aguardarnos como no dejaba de suceder una que otra vez; pero esta mañana ya fué otra cosa. ¡Como por encantamento nos vemos en esta capital! Teníamos que levantarnos á las cinco de la mañana para estar en el *rail-road* ántes de las seis. Nos despertaron á las cinco y media, y cuando ménos lo pensábamos, nos vino á decir L. faltaban no mas que diez minutos para las seis, los justos que se necesitaban para ir hasta allá en coche. Ya puede V. imaginarse nuestra precipitacion *Leocadina*. Esta, por de contado, salió con media *toilette* en las manos, y hecha una Magdalena con el pelo suelto, y para aumento de angustias, al mismo tiempo de llegar á carrera tendida, „tilin, tilin, tilin,» último aviso á nuestro parecer de la campana para llamar á los pasajeros y partir. Mamá, sin ponderacion, se volvió una pluma, y nosotras unas sílfides, y de un vuelo las tres nos pusimos en el coche que veloz partió al cabo de medio minuto y no mas. Por fortuna, que el equipage se habia embarcado una hora ántes que nosotras.—Me pareció un sueño delicioso despues de la lentitud de los postillones, atravesar de nuevo rápidamente campos, prados, valles y selvas, y me trasladé á aquel feliz momento en que con V. al lado, y mi canastillo lleno de manzanitas de Lebanon dejamos este delicioso lugar en (1) *stage*, hasta Troy, para tomar allí el camino de hierro hasta Saratoga. ¿No se acuerda V., papá mio? Fué uno de los *rail-roads* mas agradables que anduvimos. ¡Y ahora en Europa!—En tres horas y media nos pusimos en Dresde, donde nos hemos alojado, en uno de sus mejores hoteles, lo que tanto contribuye al gusto y aun felicidad, y acabamos de remitir las cartas de recomendacion y crédito para uno de los banqueros de esta capital, y como nos proponemos pasar aqui unos ocho dias, preciso es que vaya á hacer la distribucion de mi *toilette* que me propongo sea esmerada.

II.

Julio 21, Dresde: á las diez de la noche.

¡Para siempre me acordaré de los cinco dias que he pasado aqui! Quiero hacer á V. una larga y exacta relacion de lo que hemos hecho, y de lo que nos hemos divertido en Dresde. M. P. M. K., que al momento de haber recibido nuestra carta vino solícito á ofrecernos sus servicios, es hombre de muchísima amabilidad, y quiso presentarnos á su mamá y hermanas, toda familia respetable: fijamos una tarde, y en

[1] Diligencia.

el entretanto él se brindó á acompañarnos á visitar uno de los puntos de vista mas bonitos de Dresde. Salimos, pues, con él, y en efecto, nos hizo gozar de un paisaje delicioso. Nos llevó á una especie de café fuera de la ciudad, á orillas del Elba, donde vimos señoras refrescando y tomando sorbetes. Llamán á este lugar Findlater: entramos en el café que tiene una altísima torre, donde subimos para gozar de la vista. El apacible Elba corria mansamente rodeado de la mas pintoresca naturaleza. De nuestro lado veíamos bosques espesos, verdes colinas y montañas elevadas, á cuya falda y al pié del rio, aparecian mínimos pueblecitos, uno de los cuales fué la cuna del poeta mas célebre Aleman. Del lado opuesto se veia una parte de la ciudad y llanuras cubiertas de tapiz natural. La tarde era hermosa, y dimos gracias á K. de habernos proporcionado tan bella distraccion. Como nos quedaba un dia ántes del fijo para ser presentadas en su casa, lo empleamos en visitar la galeria de cuadros que ansiabamos ver. ¡Ay! . . . . .

. . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .

Rafael fué sin duda transportado á los cielos para poder copiar la cabeza de los querubines que sostienen la nube, sobre la cual la Purísima Concepcion huella la serpiente, enroscada en la media luna. Mas si me detengo tanto tiempo en cada cuadro como me he detenido delante de este, bien necesitaria tiempo indeterminado para recorrer estas vastas galerias, que encierra cada una cuadros de inestimable valor. Salgamos pues, para ir á dar un paseo en el ameno y vastísimo jardin público, donde respiramos el aire libre del campo. Es Dresde una de las capitales mas antiguas, y todos sus edificios son negruzcos y de aspecto imponente, lo que no la hace ménos interesante al viajero, que encuentra en ella los encantos de la naturaleza. . . . .

. . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .

¡Mas qué remedio! Yo me habia formado una felicidad de subirlas y bajar á sus valles regados por el Elba, y mamá no ha querido realizar mi delicioso plan, temiendo el sol y queriendo absolutamente reposar aqui de las fatigas y escursiones de Potsdam, para proseguir nuestra ruta ó peregrinacion. Mas hablemos ahora de nuestra presentacion á la familia de K. Vive esta en una casa de campo preciosa, á orillas del Elba: en tan agradable

mansion pasan la estacion de las flores y de las frutas: y á la sombra de los árboles: en un jardin matizado de ricas y fragantes flores, encontramos sentados á su madre y hermanos, al rededor de una mesa cubierta de fresas, de frambuesas, de crema, de dulces y bizcochos. Con gran seriedad nos saludamos sin darnos la mano, lo que en Europa es costumbre cuando no hay confianza, y entre nosotras gran impolitica si dejara de hacerse en todos casos. Debe V. saber para entrar en todos los pormenores de esta cómica y agradable visita, se ignora aun la existencia de las Antillas, si no es casi de la América entera, y se la figura un feo pais montañoso, fragoso, de habitantes negros montaraces que viven al cielo raso, á la inclemencia, y con tanta civilizacion como puedan tener las fieras con que viven, garras y colmillos para defenderse de sus ataques. En lo general nuestra isla se conoce como una colonia que no puede tener nada mas bueno que su tabaco, su azúcar y café, y gracias. Con esta idea de nosotros pobres colonos, se nos recibió en consecuencia con grande circunspeccion, y nosotras que ibamos ya preparadas, nos dábamos aire de francesas, y era de verse la admiracion casi fáctica con que nos examinaban, buscando en vano alguna cosa que les chocara, como oirnos hablar algun idioma salvaje, vernos saludar con los brazos cruzados en el pecho, tener los dientes entresacados y la tez tostada; ignorar el uso de las sillas y del cubierto, abrir los ojos y la boca cuando oyéramos hablar una lengua civilizada. La madre era sobre todo un colono. Con el *sansfaçon* de una vieja y curiosidad poco delicada, nos preguntaba.—„Y dónde han aprendido vds. el frances? ¿Acaso tienen vds. por allá maestros? Y díganme, el color natural del pais es el negro, ¿no es verdad?» Nos preguntaba y queria informarse (á su modo de ver, sin que lo notásemos) sobre nuestro carácter, sobre nuestro modo de viajar, y sobre nuestras costumbres, nuestras riquezas, nuestras distinciones, nuestra civilizacion y gobierno. Yo me hice la simple é inocente, y con estrema naturalidad respondia á todo amable y sencillamente. Admirada cada vez mas de no encontrar en nosotras nada chocante, volvia á preguntar. „Et quets son vos moeurs?—„Oh mesdames, tout a fait differents des votres.» Respondia yo con énfasis.—„Mais pourtant, ajoutaient elles toutes émerveillées, vous êtes en tout égales á nous, et bien plus aimables.» Por lo que hace á nuestras cabañas sin techo, se convencieron al fin, eran casas iguales á las suyas, así como sus habitan-

tes, pero siempre creyéndonos una admirable excepcion en donaire y gentileza, en educacion y finura. Miétras tanto eran de oirse las preguntas y respuestas de mamá, que á su turno le dirigia la palabra la señora en italiano, sirviendo de intérprete la hija mayor que se preciaba de comprender el español, por la analogia que hay entre las dos lenguas. En efecto, una que otra cosa se entendian; pero eran tan singulares las esplicaciones que se hacian algunas veces mutuamente, y tan particular el desconcertado sentido y traduccion que daban á lo que no entendian, que á pesar de lo muy engolfada que yo pudiera estar, en mis relaciones de costumbres y hábitos criollos, volvia rápidamente la cabeza hácia los tres interlocutores, pudiendo apenas contener la risa, y unas veces las sacaba de las erróneas traducciones que hacian de lo que mamá les decia, y otras las dejaba maliciosamente caer en las graciosas aserciones que sentaban con gran convencimiento; por ejemplo, le preguntaban á mamá como podía viajar sin una criada, á lo que ella respondia: „que habia sacado una muger blanca de la Habana en su primera navegacion, por que se habia persuadido de los inconvenientes de traer consigo una de sus esclavas; y que la blanca, mas le habia servido de estorbo que de otra cosa, viendo por esperiencia era mas cómodo y útil pasearse sin ninguna.»—¡Ah! respondió la hija mayor, dirigiéndose á su madre: „dice la señora que sacó una esclava negra de su casa, pero que el embajador le aconsejó en Nueva York que la dejara á su cuidado, siéndole mas conveniente pasar á Europa sin ella, y que él se encargaba de enviársela despues.» Y mamá bajó la cabeza en señal de aprobacion. Apenas podia contenerme de echar una carcajada de risa, así como L., quien poniéndose de acuerdo con una mirada, no dijo una palabra. Cuando á sus reiteradas súplicas nos prestamos á cantar algunas pequeñas canciones, entónces poco faltó para que nos creyeran ángeles bajados del paraiso, y persuadidas al fin de que en un todo estábamos educadas como ellas, fueron poco á poco deponiendo la reserva y seriedad, y todo se volvió cordialidad y franqueza, y deseos vivos de conocer á la isla de Cuba, que tales tesoros encerraba. Se brindaron á acompañarnos á visitar lo mas notable que encerraba Dresde. Con ellas ya hemos visitado por segunda vez la galeria de pinturas, y nos hemos paseado en el jardin que llaman de Brakl, dentro de la ciudad; en un terraplen sembrado de frondosos árboles y con una baranda á lo largo, que cae sobre el Elba,

cubierto de botecitos, y ya surcadas sus aguas por los vapores recientemente establecidos. Apoyadas sobre la baranda, gozábamos de esta agradable y animada vista, hermosea por el magnífico puente de once arcos, que aquí atraviesa el río. Este puente es célebre por la suerte que experimentó en la guerra de 1813, en que á pesar de la resistencia del pueblo, fué partido para impedir el paso del enemigo; mas lo que fué destruido está ya reedificado.

Hemos ido al teatro que verdaderamente no pudiera tenerle mas mezquino la mas miserable aldea; se está construyendo al lado mismo uno, que segun dicen, será magnífico y de arquitectura nueva y particular. Nos tocó oír en la Norma á la famosa Unghar, aunque ya en decadencia y recibida aun con entusiasmo en los teatros alemanes por su accion, siendo sin duda consumada actriz. Hoy domingo, despues de haber oído misa en la magnífica iglesia católica de la Corte, donde se oye tambien una excelente música, nos vino á buscar K.... á eso de las tres, para llevarnos á su casa donde estábamos convidadas á comer. Encontramos á las jóvenes muy aderezadas y con algunos convidados; entre ellos la Unghar. Una preciosa comida nos fué servida. Durante ella, tuve yo conversacion animada con uno de los hermanos, que era poeta, y por consecuencia romántico y entusiasmado, y me recitaba versos en *latin* en loor de las pobres inconquistadas, que ahora ensalzadas, no hacia poco habian sufrido escrupuloso exámen. Acabada la comida salimos todos á pasearnos en el jardin, y nuestras nuevas amiguitas adornaron nuestra cabeza con ricas y fragantes rosas de Alejandria. Vueltas de nuestro paseo nos sentamos al pié de un árbol, y L.... fué á colocarse debajo de un naranjo en flor; acercóse á su lado un jóven polaco, que habia sido convidado, y así, á algunos pasos de distancia, me distraia de los que estaban á mi lado, para seguirlos á ellos dos con la vista, pues ya sabia de lo que hablaban, y me interesaba. Era ese polaco adorador de los españoles, y detractor de sus colonias, asentó sin ninguna delicadeza, que nosotras valiamos segun el placer de los españoles de ensalzarnos ó de rebajarnos, y añadió con estoicismo *revoltant*, que los negros eran brutos que necesitaban del rigor, así como nosotras, que teniamos tanta tendencia á la insurreccion.—En mi vida creo habrá aparecido sobre mis lábios una sonrisa mas despreciativa que la con que honré de léjos tan disparatado concepto. A L.... de ménos sangre fria que yo, se le saltaron las lágrimas de rabia, y le honró con un „*Vous dites des sottises*” que él acogió

con política sonrisa. Encendida de despecho, y con aire de soberano desprecio, le dejó con la palabra en la boca, y vino á sentarse á mi lado, á una mirada que le dí, reprendiéndola de su indiscrecion en dar así rienda suelta á su carácter y opiniones. Pero lo hacia de un modo tan encantador, que si posible era excitaba la falta de delicadeza del señor polaco, que parece se encantaba y divertía con el fuego que vibraban sus ojos, y la animacion de su semblante al rebatirle, añadiendo á cada opinion suya—„*Vous êtes un sot.*”—Ay! papá mio, ¡en vano quiere uno despojarse de los sentimientos patrios! ¡en vano quiere uno armarse de estoicismo, y ser indiferente á todas las opiniones imbéciles ó bien fundadas de los hombres! yo lo sé, estoy persuadida de que no tenemos patria, de que allí todos somos esclavos, y de que los esclavos no pueden tener nobleza, ó lo que aquí llaman aristocracia: yo sé bien que estas serian patrañas, si nuestros compatriotas, nobles de alma y orgullosos, no tonta ni neciamente vanidosos, supieran darse lugar y formarse un carácter; bien sé juzgarlos, y bien conozco nuestra condicion; y sin embargo, quisiera volverme una leona, para sacarles los ojos á todos aquellos que nos denigran y nos desprecian, como es lo general. Esto me hace odiar á todos los europeos, y pido á Dios engrandezca nuestra Isla y sus habitantes, para poderlos despreciar á mi vez como desde ahora lo hago secretamente. No pudiendo ensalzar sino su clima y su naturaleza, me desquito con poner á los Estados-Unidos en los cuernos de la luna, cada vez que encontrárame con un ingles, éste con rencor mordaz é implacable los llama patanes, egoistas, ladrones, cuya prosperidad no será sino de un día. Aquí doy rienda suelta á mi exaltacion, y les digo son padres envidiosos, que quieren desconocer en vano la grandeza rápida de sus hijos, porque rivaliza con la suya de siglos, mientras la de ellos es de uno. Se admiran de mi fuego en defender á los americanos del Norte, y me preguntan, qué interés puedo yo tener en ello.—Es mi patria adoptiva, respondo, y añado entre mi: un día puede ser lo será efectiva. ¿Qué dice V. de estos sueños ilusorios? Tenia razon el Sr. T... en perseguirnos como insurgentes. Yo al ménos, á Dios bendito, lo soy declarada, aunque lo tengo guardado en el fondo de mi corazon: ¿pues de que me serviria demostrarlo, mientras fuera instrumento aislado é inofensivo?—Callémonos enhorabuena, y sigamos el curso apacible de mi relacion.—Sentados en el jardin, llegaron dos ó tres familias mas, entre ellas una señora como de treinta años, que me designaron como

poetisa de gran talento, y traductora de D. Quijote: sin embargo, ella se atrevia apenas á dirigirme una que otra palabra en español, falta de práctica en hablarle, lo que no impide poseerle perfectamente para la traduccion.

Ya venida la noche, subimos todos al salon, y la Unghar nos regaló con varias canciones y arietas en las que creí oír á Margarita O-Brian.—L.... tambien nos hizo oír sus acentos de gilguerito silvestre. Durante la cena, compuesta de dulces, frutas y refrescos, y amenizada por la mas agradable confianza y cordialidad, que reinaba en el semblante de esta afable familia, comunicándose á toda la reunion, me presentaron un célebre pintor moderno que espresamente convidaron, para que nos conociera, y que no emplea su talento sino en sacar las fisonomías de célebres é ilustres hombres y hermosuras; pero como todos los hombres tienen sus momentos de ceguedad, el quiso echar á perder su precioso album, añadiendo á su escogida coleccion la traviesa fisonomía de una humilde criolla: por fortuna suya nos hemos resistido tanto á sus súplicas como á las de toda esta apreciable familia, que no nos perdonan las dejemos tan pronto, y aun nos proponen, que si nos quedamos algun tiempo mas, nos acompañarán á la Suiza Sajona. No puede V. figurarse su empeño porque nos quedemos una semana mas siquiera. La señora, las hermanas nos acarician cual íntimas amiguitas antiguas, y sin duda son preciosas criaturas, que no olvidaremos nunca. Sin embargo, los caballos de posta ya están pedidos para mañana antes de las 7, y fué este el pretexto que dimos para retirarnos antes de las 9.—Está la casa situada enteramente á orillas del Elba, y habiendo despedido nuestro coche, aceptamos el bote de la familia, que es pesado y chato, como los que se usan en este río, y donde rema un solo hombre de pié. La noche estaba oscurísima y llovía mucho. Nos acompañaban con una linterna cuatro galanes, entre ellos M. K.... y llegados á la ribera la lluvia aumentó fuertemente. Parece mentira que en una capital de Europa, de esta Europa antiquísima, se encuentre un río navegable, donde ya se han establecido los vapores, sin que haya un muelle donde desembarcar, no se dice con comodidad, pero al ménos con seguridad. Así es que desembarcamos en una ribera alta, desigual, húmeda y resbalosa naturalmente en sumo grado cuando llueve: de suerte que fué un milagro que en la absoluta oscuridad, á las tres, ó al ménos á mamá, no le hubiera fallado un pié y caído peligrosamente

aunque sostenida cada una por un caballero, y poco faltó para que hubiera sucedido lo contrario, porque yo fui quien sostuve al que me conducia, que todo mojado apenas podia sostenerse, y se le fué un pié apoyándose en mi mano, en la que encontró firmeza.—Para mí fué esto todo una diversion, y mas cuando en una silla de manos, me vi llevar con pasos ligeros á nuestro hotel, escoltada por los mismos caballeros, y siguiendo atrás mamá y L.... en sus respectivas sillas, que son muy cómodas y útiles, sobre todo, en invierno, y que son de uso general en Dresde.—Llegadas con felicidad, y mas frescas de lo necesario, nos despedimos de nuestros caballeros sirvientes, despues de habernos reido y congratulado de nuestros trabajos y mútua ayuda al desembarcar en la ribera abandonada del manso y apacible Elba.—Ahora pues, si V. lo permite, es tiempo de retirarme yo tambien y prestar oído mientras nos acostamos, á los recuerdos que me hace L.... riendo como una loca de nuestro conocimiento con la familia K...., de sus preguntas, de su amabilidad, y del día de hoy pasado con ella.—Vé V. que hay mucho de que charlar, segun es nuestra costumbre antes de ir á la cama y aun mucho despues de estar acostadas, hasta que mamá nos gritó. „Niñas; no me dejan dormir, silencio!—Pues señor, silencio!”

Julio 23.—Toplitz.

¡Que precioso camino conduce á esta lindísima ciudad ya en el imperio austriaco y á donde llegamos ayer en la tarde! sus colinas y valles, son deliciosos y anuncian de antemano la mansion agradable que debe pasarse aquí en esta estacion de los baños, visitados por toda la Alemania durante el verano. Sus diferentes manantiales están al abrigo en diversos hermosos edificios, y el lujo y aseo que reina en ellos, y magníficos hoteles que se habitan adornados de flores, me hicieron acordar de nuestro humilde Sweet Spring, que si no comparable en la hermosura del arte y en la comodidad, al menos era preferible por sus cristalinis y vastos baños en que no como aquí tiene uno que estarse quieto emparedado en una tina de marmol; preferible aun por la rusticidad de sus *cabins* al pié de frondosas encinas septuagenarias. Si el verdor de sus colinas y montañas, si la frondosidad de sus arboles; si la frescura del césped de sus valles no estuvieran amenazados de un riguroso invierno; ¡que lugar de delicia seria ese para

servir de perpetua morada á pesar de nuestro mal contento E... que no encontraba allí otro encanto que la soledad y paz! ¡Como quien no dice nada!—Mas volvamos á Toplitz.—Ayer en la tarde despues de haber llegado reposamos unas dos horas y fuimos en seguida á pasear por la ciudad; pasamos por el palacio ducal con hermoso y vasto parque, y nos llamó la atención un salon bajo contiguo, cuya puerta exterior ó entrada, estaba adornada con cortinas encarnadas; es este el salon dedicado á los bailes y daba uno esa noche justamente el rey de Prusia. La princesa Guillerma habia salido de Berlin para estos baños casi al mismo tiempo que nosotras, encontrándonos en un mismo hotel en Leipzig.—La entrada era, creo á dos florines, y si tan solitarios no hubiéramos estado, sin duda nos habríamos animado á ir, para juzgar de esta sociedad selecta al mismo tiempo que mezclada. Nos contentamos con el deseo, y de vuelta nos sentamos tranquilamente en nuestra ventana, divertidas con el continuo movimiento y trenes lujosos de cuatro y seis tiros con elegantes damas, que no cesan de pasar. Mas de seis diligencias, sin contar los coches particulares, se han detenido en menos de una hora á la entrada de este hotel, que es el de la posta.—Como el uso de estas aguas requiere método, y al menos cuatro semanas, nosotras dejáremos su bullicio, y mañana seguiremos adelante para Praga: ¡No admirarse, Papa mio, que todavía no estamos á la mitad del camino!

(Continuará.)

## A UN NIÑO EN LA CUNA.

En brazos de la inocencia  
Descansa, niño precioso,  
Descansa, que tu reposo  
No interrumpirá el dolor.

Y yo meceré tu cuna,  
Como las auras de mayo  
Mecen el flexible tallo  
De tierna olorosa flor;

Y admiraré ecstasiado  
La gracia de tu semblante,  
Como contempla el amante  
De su bien el sonreír.  
¡Con tus dorados cabellos  
¡Cuál juguetea la brisa!  
Cómo vaga la sonrisa  
Por tus labios de carmin!

¿Un ensueño te presenta  
A tu madre candorosa  
Prodigándote amorosa  
Y tierna, caricias mil?  
¿O acaso en tu torno vuela  
Entre nubes de jazmines  
Un coro de serafines,  
Con quienes te unes feliz...?

Duerme niño, duerme en paz  
Por la inocencia velado,  
Como ella descansa al lado  
Del trono augusto de Dios.

mos estado, sin duda nos habríamos animado á ir, para juzgar de esta sociedad selecta al mismo tiempo que mezclada. Nos contentamos con el deseo, y de vuelta nos sentamos tranquilamente en nuestra ventana, divertidas con el continuo movimiento y trenes lujosos de cuatro y seis tiros con elegantes damas, que no cesan de pasar. Mas de seis diligencias, sin contar los coches particulares, se han detenido en menos de una hora á la entrada de este hotel, que es el de la posta.—Como el uso de estas aguas requiere método, y al menos cuatro semanas, nosotras dejáremos su bullicio, y mañana seguiremos adelante para Praga: ¡No admirarse, Papa mio, que todavía no estamos á la mitad del camino!

Y no despiertes, mi vida,  
No despiertes, que dormido  
No te veras perseguido  
Por el tedio y el dolor.

Cándida flor, que al despuntar el día  
En que el ángel de púdicos amores  
Sobre el mundo sus alas estendia  
Brotaste entre agudísimos dolores.

Flor sin mancilla, cuando allá en el cielo  
Ornabas la diadema del Eterno,  
¿Porque te plugo descender al suelo  
Para luchar sin fin con el infierno?

Sobre tu tierna, delicada frente  
De la inocencia celestial emblema,  
Escrito llevas ya, pobre inocente  
Del Dios de lo creado el anatema.

Siento que se humedece mi mejilla  
Cuando te veo, como ve el marino  
Inesperta bogar débil barquilla  
Despreciando el furor del torbellino.

Hora duermes, mi bien, pero tus ojos  
Al abrirse quién sabe si en el cielo  
El signo mirarán de sus enojos  
Y serás condenado á amargo duelo.

Entonces ay! la deliciosa brisa  
Que hora respiras perderá su aroma,

## A LA LIBERTAD.

Y la vida odiarás, tierna paloma,  
Huirás de tus labios la sonrisa.

Hoy puras corren de la edad primera  
Las raudas horas por tu blanca frente,  
Como puras recorren la pradera  
Las cristalinas aguas de la fuente.

¿Y despues? y despues todos los seres  
Brindarán el deleite, ángel bendito,  
Te dormirás, como hora entre placeres  
Y al despertar te manchará un delito.

Pero no, que de tus días  
Una madre cuidará  
Y del mundo y sus orgías  
Y sus vanas alegrías  
Con teson te apartará.

El cielo te ha concedido  
En ella el mayor tesoro;  
Si alguna vez dolorido  
Tu pecho echala un gemido,  
Ella enjugará tu lloro.

Hora y siempre, vida mia,  
Vela tu sueño profundo  
Como de noche y de día  
La incomparable María  
Cuida afanosa del mundo.

Nada temas á su lado,  
Que ella su vida dará  
Por el hijo idolatrado  
Que en su corazón grabado  
Mientras respire estará.

Mas tú descansa entre tanto  
En brazos de la inocencia  
Arrullado por mi canto.  
¡Que las penas y el quebranto  
No emponzoñen tu existencia!

México, Febrero de 1844.—E. VILLAMAR.

## EPIGRAMA.

Vendiendo á peso de oro  
Tus favores, un tesoro  
Reuniste al fin, Clori bella  
Y es tal tu signo, ó tu estrella,  
Que si dando recibiste,

Fué porque bien comprendiste  
Aquello de „*facio ut des*:”  
Pon por obra en esta vez  
Con el precio de tus gracias  
El otro de „*do ut facias*:”  
Y á tu talento en el mundo  
Lo llamaré sin segundo.

J. M. RODRIGUEZ PEREZ.  
TOM. I.

Hija del cielo ven, que tus alas de fuego, cubran mi helada frente. Hija del cielo, ven, respire yo tu aliento de aromas y sienta en mi pecho tu inspiración divina. Libertad santa, hija de cielo, vuela hacia mí, tiende tus alas magestuosa como la águila del desierto; desciende del cielo y posa sobre la tierra, como posa el iris cuando abraza en su arco el ambiente del firmamento. Hermosa como el pensamiento de la divina inteligencia, creación del Señor, yo te saludo. Desciende del cielo, escucha mi ruego. Tu presencia inflamará el pecho de mis hermanos; quemarán inciensos en tus altares, y respirando sus perfumes, se sentirán libres y felices. Hija del cielo, mi corazón será tu templo, porque yo te amo; te amo como al sentimiento de mi ser, y tu imagen me estasia si la contemplo, como me estasia la perspectiva de las selvas, de los montes y del Océano. Libertad, sacrosanta libertad, desciende del cielo, vuela hacia nosotros, vuela á cumplir tu misión sobre la tierra, que tu misión es divina y grande. Grande como el pensamiento que te crió, como el pensamiento del Omnipotente; porque el Omnipotente formó al hombre á su semejanza, y la semejanza del Señor debe ser libre; y por esto te puso en la mente de los hombres. Mas los hombres han desoido la voz del Criador y se han humillado y perdieron tu inspiración divina.

Y por esto te alejaste de ellos, y atravesando el espacio, volaste al cielo, y fijaste allí tu morada; esa morada que mira con angustia el oprimido, invocando tu favor. Libertad, hija del cielo, te alejaste de los hombres, oíste el ruido de las cadenas y la voz de los opresores, viste á los oprimidos negarse á tu inspiración, viste estremecerse sus miembros cobardes. é indignada alzaste el vuelo y te refugiaste en el trono del Señor. Allí, cuando entre el incienso de las humanas oraciones percibe tu oído el grito del esclavo y el crujir de sus cadenas, unes tu plegaria al coro de los ángeles, y cuando mirando al mundo ves al tirano oprimiendo la cerviz de sus hermanos, bates entonces indignada tus alas de oro y de diamantes, y su sonar terrible llega á la tierra, y hace estremecer al criminal tirano.

Hija del cielo, vuelve á los hombres, estermina á los tiranos. cumple tu misión. Aparece radiante como la mirada del Señor, que los tronos temblarán, temblarán los cetros y las

armas; y los tiranos deslumbrados con tu luz terrible, rodarán acaso hasta estrellarse en el fondo del abismo. Vuela, hija del cielo, ven tus hijos te formarán tronos de las coronas y de los cetros, y el pedestal de los cráneos de los tiranos. Vuela, tiende tus alas de diamantes, magestuosa como la águila del desierto; sacude tus brillantes alas al pasar junto á los opresores, y desaparecerán como desaparece la arista leve al soplo del huracán terrible. Ven hija del cielo; y los hombres se prosternarán ante tí y erigirán en templos tuyos sus ardientes corazones; ven, yo seguiré tu inspiracion, porque mi corazon te ama como ama el peregrino la fuente en el desierto. Ven, hija del cielo. Cumple tu mision divina, inflama á mis hermanos, ellos seguirán tu inspiracion, derribarán á los tiranos, hollarán su cetro, mirarán al cielo y serán libres y felices.

J. M. DEL C.

A MI AMIGO

D. MANUEL OROZCO Y BERRA.

Oh! si posible fuera,  
 Con poderosa mano,  
 Parar del tiempo la veloz corriente,  
 Que arrebatara ligera,  
 La poca dicha que el destino insano  
 A los mortales disfrutar consiente!  
 Despénase el torrente,  
 Y arrastra en su carrera  
 La rubia sementera,  
 Dejando el prado ameno  
 Cubierto con el bálago y el cieno;  
 Y al resbalar las horas,  
 Así del corazon van arrancando  
 Risueñas esperanzas de ventura,  
 Y en su lugar dejando,  
 Dudas y desengaños y amargura.  
 No es, en dorado vaso,  
 Lícito al infeliz libar la dicha:  
 Su manantial escaso  
 Entre rocas deslízase furtivo,  
 Y al acercar su labio el desgraciado  
 Al cristal fugitivo  
 Que entre las guijas bulle,  
 La fresca linfa de sus labios huye.  
 ¿Porqué siguiendo el resplandor mentido  
 De los deleites el mortal se afana,  
 Si el presente placer será mañana  
 Un recuerdo tenaz del bien perdido?

Duran lo mismo el dia de pesares  
 Y los que dichas traen;  
 Así como en la playa de los mares  
 Con intervalo igual las olas caen,  
 Y la que deposita  
 Preciosa margarita,  
 Llega á la playa, espira,  
 Y veloz cual las otras,  
 Con la valiosa perla se retira.  
 Del rio de la vida en frágil leño  
 Nos arrebatara la fugaz corriente,  
 Como á niño inocente  
 Que en suelta barca se abandona al sueño  
 Inútil nuestro empeño  
 Es por gozar las flores  
 Que adornan la ribera,

Pues al asir la rosa purpurina,  
 La mano siente el daño  
 Que le causa la espina  
 Oculta en el rosal del desengaño.  
 ¡Feliz quien olvidando lo pasado  
 Y al presente dormido,  
 No es de ardientes deseos devorado.  
 Ni por tristes memorias afligido!  
 ¡Feliz quien, evitado  
 El escollo temido,  
 Deja que el viento vago de la suerte  
 A las playas le lleve de la muerte!  
 Mas ¡ay de aquel, que de la falsa gloria,  
 Corre tras los carísimos placeres!  
 ¡Ay de aquel que revuelve en su memoria  
 Desdenes y caricias de mugeres!  
 Cifnen lauros iguales  
 El heroe que con sangre los regara,  
 Y el infame que compra  
 Su mentida grandeza,  
 A precio vil de intrigas y bajeza.  
 Las cándidas bellezas seductoras,  
 Flores son inodoras  
 Cuyos colores á buscar incitan  
 El perfume liviano,  
 Y si tal vez se oprimen en la mano  
 Por buscarles aroma se marchitan.  
 Oh! si mi pobre oído,  
 Cerrar pudiera al báquico rüido,  
 ¡Cuan grato me sería  
 Menos lejano verme cada dia,  
 De la dulce ribera  
 Donde ansiosa me espera  
 Tanta prenda querida,  
 Que en esta soledad me abandonara  
 Al romper las cadenas de la vida!

Puebla, Enero 20 de 1844.

MANUEL M. DE ZAMACONA.

UNA COMEDIA

UNA HISTORIA.

CONOCE V. lector, á un ciudadano que fué su vecino, que es abogado, que vivia en la casa que está exactamente frente á la de V., que vestia paltó, que se pone un birrete, negro ó blanco, no me acuerdo, en las noches de invierno?—Si; lo conoce V. perfectamente.... ¿No lo recuerda V.?—¿Qué necesidad!—¿No se acuerda V. de aquel abogado que confesaba cada semana y comulgaba cada mes; muy honrado, que hacia escrupulo de cobrar por honorarios lo que señala el arancel, cuando formaba un escrito y....? Ya sabe V. quién es?—No; no es D. Roque. D. Roque es un escrupuloso nécio, y el abogado de quien hablo á V. es un escrupuloso de ingenio.—Mire V.; como las cuotas del arancel son exorbitantes, nunca cobra lo que en él se señala; pero para compensar la pérdida, ha buscado y felizmente ha hallado un expediente muy sencillo que consiste en desleir en ocho pliegos de papel comun y en diez y seis del sellado, un pensamiento que pudiera espresarse en la mitad de uno de esta clase. El arbitrio es inocente y no carece de correlativos, v. gr., estender tanto la letra y separar tanto los renglones que parezca el escrito.... ¿Me comprende V.? Y esto tiene la ventaja de dar tal claridad á lo escrito, que puede leerlo un juez, que es como si dijéramos que lo leía un ciego.—Ahora si, lo conoce V.?—¿D. Martin? no señor; D. Martin es lo que cristianamente hablando, llamamos un *lépero*, abogado que no hace escrupulo de nada, y que del mismo modo y tan bien se tragaria una rueda de molino como un pastel de á medio.... Mala memoria tiene V. y si no sabe quién es el ciudadano de quien le hablo, no puedo contarle una historia de gran sustancia y delectacion.—Vamos allá; voy á darle á V. señas bien positivas.—¿Quién es el abogado que hace escrupulo de dar papel de conocimiento á un criado que le sirvió diez años?—Su dialecto, su lógica quiere V. Sino lo conoce por la cara, por lo largo, por... diga V. como quiere saber y recordar quién es por

la lógica? Pero en fin, mirela V.: supongamos que está nuestro ciudadano abogado en su bufete, sentado frente á una mesa, en la que apoya sus dos codos, y que sus manos enclavijadas sirven de almohada á su luciente cabeza. Entra un hombre pasito á paso, su sombrero en la mano: "señor," dice bajito. Nuestro abogado alza la severa faz.—Vengo por mi papel de conocimiento.—Imposible.—Señor, siempre he sido honrado y fiel....—No señor; en diez años dormiste una noche fuera de casa; tres dias has tardado mas de lo debido en algun mandado.... pero señor....—Eso es un crimen, no doy papel.—Pero señor, si V. no me dá el conocimiento me quedo sin destino y tengo hijos.—Pues amigo, yo no he de mentir;... daré el papel, pero espresando esas faltas muy graves. Y le dá el papel, y sale el hombre que nada tiene de escrupuloso, y reniega y maldice *al amo*.

¿Dió V. con él?—Pues está V., lector, nécio en demasia.—Voy á contarle á V. otra ocurrencia, que supuesto que V. la echa de buen entendedor, con una palabra le basta. Es una comedia: hablan en ella, un hipócrita (el ciudadano abogado), un caballero, un quidam, litigantes contrarios, un anciano sacerdote, escribientes, etc. La escena es en el presente año, son cuatro actos. Y note V. qué bien conservada está la unidad dramática.

Primer acto. Una pieza con estantes (llenos ó vacios) sillas, mesas. El ciudadano escribiendo. Entra el Quidam.—Señor licenciado, mi contraria presentó un escrito, pidiendo se me embarguen bienes.—¿Qué iniquidad! Venga V. mañana, le haré á V. un escrito; pediremos los autos, y ya veremos. Lo llevará V. mañana.—¿A qué hora, señor?—En la tarde.—(Sale el Quidam.... El abogado chilla.—Escuche V. (al Quidam) allá le envié á V. un recibo, á cuenta de honorarios, porque....

2.º Acto. El mismo lugar.—El sacerdote entrando. ¡Salve!—Nuestro ciudadano inclinándose profundamente. ¡Padre, qué placer!—Crei

que estaba V. enfermo; no fué V. á verme ayer: ¡jamo tanto á mis hijos de confesion!—Un negocio me impidió, padre mio.... ahora iba yo á buscar á V.; si se pudiera....—Si, hijo mio: ¡es V. tan timorato! vamos.—Salen. Cae el telon porque se van el sacerdote y el abogado, el cordero y la zorra, el ángel cándido y el diablo astuto.

3.<sup>er</sup> Acto.—El mismo lugar.—El caballero entrando.—Monólogo.—El señor licenciado nõ está aquí: lo aguardaré.—(Distraido.) ¡El abogado de la contraria debe de ser un infame!—(Silencio.)—Tarda mucho: (pausa.) Parece que llega.—El ciudadano entrando: señor D.... Me ha esperado V. mucho tiempo?—Si señor; pero me importa mucho ver á V. y.... ¿Qué hay pues, de nuevo?—Presenté el escrito pidiendo el embargo de bienes á la contraria: (la contraria es el Quidam.) Pero se dice que está ocultando sus bienes.

—¡Válgame Dios! Pondremos un escrito ¡cómo ha de perder V. eso!—Se sienta, toma la pluma escribe y luego firma.—Siento haber tardado tanto.... Quizá ya no es tiempo.... Pero me fui á confesar.... Un hombre que me sirvió diez años me pidió papel de conocimiento.... habia faltado de mi casa una noche en ese tiempo y se dilató mas de lo regular en dos ó tres mandados..... ¡Que compromiso!.... Tuve que darle el papel y aunque espresé las faltas no estaba yo tranquilo..... no podia sosegar..... Volé á pedir la absolucion.....—(Hablan en voz baja.) Luego se despiden. El

caballero sale diciendo. ¡Que conciencia tan pura!

4.<sup>o</sup> Acto.—Que puede servir de nota. El lugar y el desenlace no son conocidos: no acontecen aun pero acontecerán y será de una manera trágica.

¿Sabe V. ahora quien es el ciudadano abogado?—Todavía no?..... Dale con D. Martin; no señor, D. Martin ya dije á V. lo que es.—Y el ciudadano de los tres adjetivos es de tal condicion que al contrario de D. Martin se tragará una piedra, dirigirá y defenderá al actor y al reo en un negocio mismo, se tragará una torre entera, pero déle V. una pastilla, que diga una mentira ligera insignificante, un grano de anís.... dígale V. que lo pase, y toserá, y le verá á punto de ahogarse, y no lo podrá pasar.—¿Al fin supo V.?—El mismo D. Severo, y su apellido?—Heliotropos.—Si señor, D. Severo Heliotropos.—Pues escuche V. la historia.

Hay frente á mi casa una joven de diez y siete á diez y ocho años muy bonita, en la esquina vive un sastre de buena fama, en el campanario de la Iglesia de la vuelta habita una lechuza y junto á la Iglesia hay una botica.—Pues señor; en esta botica sirve un mancebo.... Mire V. lector he observado que la historia es muy larga y que V. está ya bostezando que es la suprema señal del fastidio.—Dejémoslo para otro día y le contaré de la muchacha y de la lechuza, del sastre y de la botica y del mancebo, porque ya está cansado de escribir.

ANÓNIMO.

